

Revolución Francesa y revoluciones occidentales

VERONIQUE CONESA DE NAVAS*

En este año de 1989 se ha celebrado un acontecimiento que tuvo importancia y alcance internacional y universal: el bicentenario de la Revolución Francesa. Sin duda éste es uno de los hechos históricos que más huella han dejado en el planeta en todos los aspectos, uno de los que más resonancia y fama han tenido y tienen a nivel internacional.

Sin embargo lo que sucedió en Francia hace 200 años no es un

hecho aislado, original, único. Fue precisamente la fama universal que alcanzó la que hizo que se olvidaran o se tuvieran menos en cuenta otros movimientos parecidos que, en la misma época, sacudieron a una parte del mundo, sobre todo porque esos movimientos en su mayoría fracasaron.

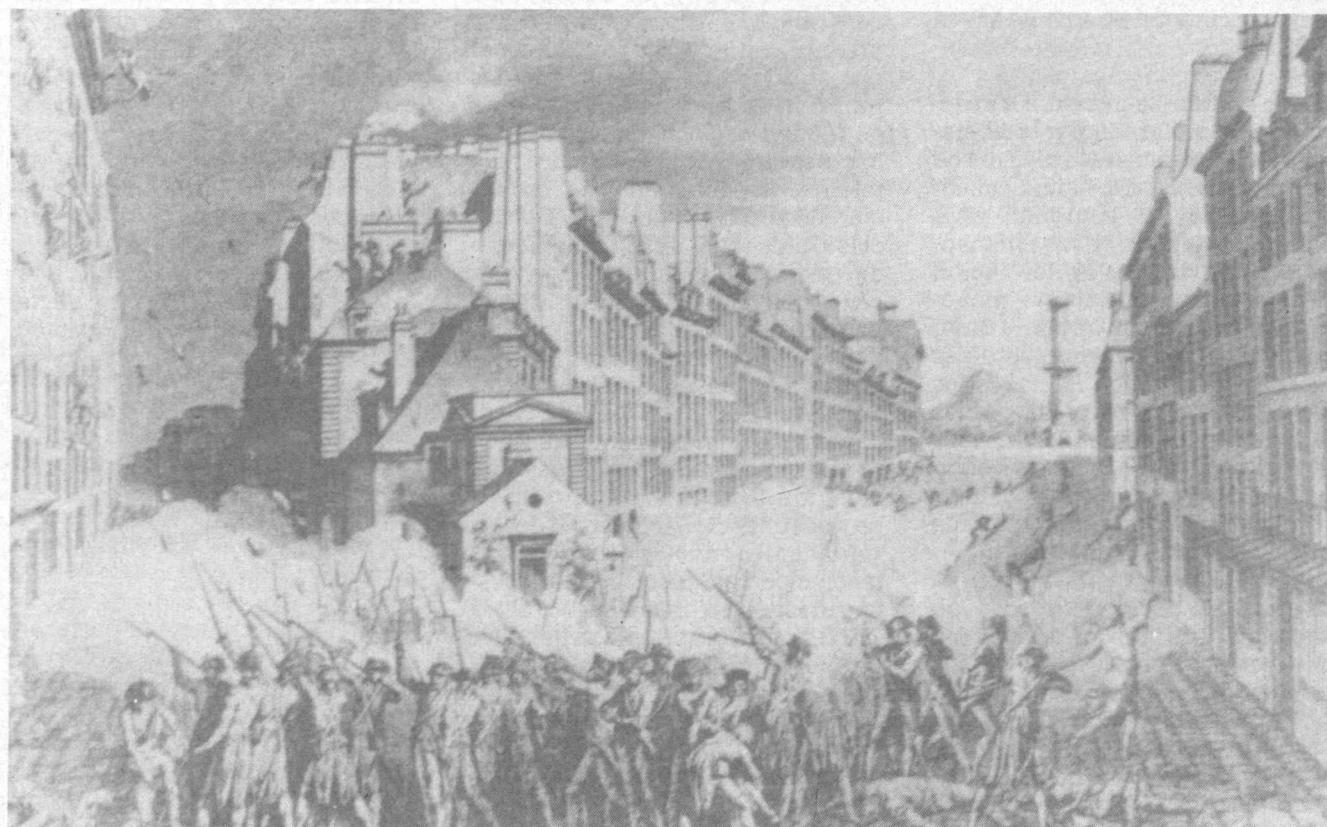
Desde hace unas décadas, algunos historiadores han replanteado esta visión heredada de la historiografía del siglo XIX, y han querido demostrar que la famosa y gran Revolución Francesa iniciada en 1789 se integraba perfectamente en

una más grande cadena revolucionaria que se extendía desde finales del siglo XVIII hasta comienzos del siglo XIX, y en la que aquella no era más que un eslabón.

Estos historiadores lanzaron la teoría de la existencia de una "Revolución atlántica" u "occidental", en la cual la Revolución Francesa se enmarcaba perdiendo ésta buena parte del aura que la había rodeado hasta entonces.

* * *

A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX se produjo en el



* Profesora de Estudios Políticos, Universidad Javeriana.



en el mundo occidental un gran movimiento revolucionario, cuya finalidad era acabar con el antiguo régimen vigente en ese momento, y del cual el siglo XVIII representa la etapa final.

Los contemporáneos de la revolución la interpretaron como un proceso más o menos largo que implicaba una conmoción, una mutación, la destrucción de lo antiguo, para llevar a cabo una reconstrucción: el antiguo régimen debía ser destruido, para poder poner las bases de un nuevo régimen que cambió el mundo occidental de aquella época en sus aspectos sociales, económicos, políticos e institucionales.

En lo político, la monarquía absoluta fue reemplazada por el liberalismo, cuya esencia es la división de poderes, establecida en una constitución. Desde el punto de vista social, desaparecieron los estamentos y los privilegios: la Revolución era —en teoría al menos— monoclásista, y sólo admitía por lo tanto un único tipo de miembros de la sociedad, que fueron llamados los "ciudadanos", por naturaleza libres e iguales, y que tenían los mismos derechos y deberes, al menos en lo civil⁽¹⁾. En el terreno institucional, lo primero que hizo la Revolución fue acabar con las anticuadas estructuras del antiguo régimen, con la intención de reordenarlo todo de forma racionalizada, creándose entonces nuevos organismos y reformándose otros; igualmente, se acabó con la diversidad de fueros, y se creó una administración uniforme para todo el país, así como una justicia igual para todos. También hubo modificaciones en el campo

de la economía: después de la etapa revolucionaria, al liberalismo político le corresponde un liberalismo económico, entonces llamado "librecambismo"; política económica que acabó con los gremios y los monopolios, con las aduanas interiores y con los reglamentos excesivos.

Cronológicamente, esta etapa o gran "cadena" revolucionaria que acabaría con el antiguo régimen comenzó en 1776 con el inicio de la revolución en las trece colonias norteamericanas. Su fecha final es un poco más difícil de determinar: en 1815, con el fin del imperio napoleónico, termina la propagación revolucionaria por medio de sus ejércitos, pero la revolución de las colonias españolas de América no concluye hasta 1825. Más tarde, en 1830 y en 1848, se producen nuevos brotes revolucionarios en toda la Europa Occidental. La lista de los acontecimientos revolucionarios comprendidos en este período, tal y como lo establece Jacques Godechot⁽²⁾, es significativa. El primer eslabón lo constituye pues la revolución norteamericana (1776-1783), que culmina con la creación de los Estados Unidos, y de un gobierno constitucional. Entre 1780 y 1783 se producen disturbios revolucionarios en Irlanda y en Inglaterra: los primeros para lograr la autonomía de Irlanda respecto de Inglaterra y los segundos pretendiendo una reforma parlamentaria. La revolución estalla después en las Provincias Unidas (1783-1787) para impedir que el "estatúder" se convierta en rey hereditario, y como un intento para transformar las instituciones del país en un sentido democrático. Se traslada pues a los vecinos Países Bajos Austríacos (1787-1790), en un movimiento inicialmente dirigido contra las reformas "ilustradas" del monarca José II, pero que termina provocando el nacimiento de un verdadero partido democrático. Dos revoluciones democráticas se desencadenan en Ginebra (1768 y 1782), pero ambas fracasan debido a la intervención armada extranjera. Por los mismos años (1781), estallan movimientos revolucionarios en Friburgo (Suiza), y en Suecia, donde el rey, apoyándose en los burgueses y los campesinos contra la nobleza, intenta transformar el régimen en

un sentido más democrático (1772 y 1789). El siguiente eslabón lo constituye el gran proceso francés (1787-1815), del que son coetáneos otros movimientos revolucionarios: la revolución polaca (1788-1794); un nuevo arranque de la revolución belga, con ayuda de Francia (1792-1795); la revolución surgida en Alemania con apoyo del ejército francés (1792-1801); la entrada de las tropas francesas en Holanda, con la formación de la República Batava (1795); un nuevo arranque de la revolución en Ginebra, esta vez victoriosa (1795-1797); un movimiento revolucionario en los diferentes estados italianos (1796-1799); otra revolución en Suiza, que termina con la formación de la República Helvética (1798-1799); la llegada de los grandes principios revolucionarios, a través de los ejércitos imperiales, a España y Portugal (1805-1815). A continuación la revolución atraviesa de nuevo el océano, extendiéndose a las colonias españolas de América (1810-1825). Poco después resurgirá de nuevo en la Europa Occidental: revoluciones de 1820 en Italia y España; revoluciones de 1830 en Francia, Bélgica y Polonia, y finalmente las revoluciones de 1848 en toda la Europa Occidental.

Es claro que el marco espacial en el cual se desarrollaron estos movimientos revolucionarios es relativamente reducido: la Europa oceánica o atlántica, y el continente americano. Esto es lo que ha llevado a algunos historiadores a hablar de un ciclo de revoluciones "atlánticas" u "occidentales", con características comunes y ciertos elementos propios.



En realidad, la idea no era totalmente nueva: ya los contemporáneos de los acontecimientos revolucionarios franceses consideraban que éstos formaban parte de un gran movimiento que había alcanzado a toda la Europa Occidental y a la América del Norte. Incluso a varios hombres políticos de la época les llamó entonces la atención la analogía y la continuidad de los disturbios que se produjeron en los diferentes países occidentales. Se trataba pues de un solo y único proceso, en el cual lo ocurrido en Francia no era más que un eslabón, que no ciertamente sobresalía sobre los demás.

Pero esta visión cambió cuando los historiadores del siglo XIX (Thiers, Mignet, Michelet, Tocqueville, Edgar Quinet, Taine), al redactar sus "Historias de la Revolución Francesa", limitaron el campo de sus investigaciones a Francia. Así empezó a desfigurarse la idea de un proceso revolucionario general, y comenzó a hablarse de "Revolución Francesa", como un hecho separado de la "Revolución Americana", de la "Revolución Belga" y de la "Revolución de las Provincias Unidas".

Una tendencia distinta dentro de la historiografía contemporánea empezó a surgir a mediados del siglo XX. El desarrollo de los estudios históricos en todos los países tocados por aquel movimiento revolucionario provocó el surgimiento de una nueva corriente de pensamiento. Parece que fueron los historiadores italianos los que primero desarrollaron estas ideas, al profundizar en los estudios del Risorgimento italiano, cuyos orígenes situaron a comienzos del siglo XVIII. Por su parte, los historiadores norteamericanos concluyeron que a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX se había producido una única gran Revolución Occidental⁽³⁾. En Francia, Georges Lefebvre demostraba, en la nueva redacción de su "Révolution française" (1951), que a finales del siglo XVIII existía, al menos en el hemisferio occidental, una situación o un "clima" revolucionario.

Pero fueron sobre todo dos historiadores los que plantearon claramente la teoría de la existencia de una gran revolución "atlántica". En el informe que presentaron al Décimo Congreso Internacional de



Ciencias Históricas de Roma en 1955, expusieron explícitamente esta teoría el norteamericano Robert Palmer y el francés Jacques Godechot. Ambos autores continuaron desarrollando esta tesis en sus obras posteriores⁽⁴⁾.

Para Jacques Godechot, "... La revolución no puede ser considerada como un fenómeno particular, aislado, nacional, sino que no constituye más que un episodio, sin duda el más importante, de una gran revolución que sacudió todo occidente —e incluso salpicó al mundo oriental— durante tres cuartos de siglo, de 1770 a 1850..."⁽⁵⁾. El historiador francés prefiere el término de Revolución Atlántica o Revolución Occidental al de evolución "burguesa" o Revolución "capitalista" propuesto por Lefebvre, porque opina que este término es restrictivo: la revolución fue en efecto conducida por la burguesía y permiti-

ó la instalación del régimen capitalista, la cual sin la ayuda de los campesinos y de los sans-culottes, no habría triunfado. Opina que la expresión "revolución occidental" es la que supone menos opción política y es por lo tanto la más objetiva⁽⁶⁾.

* * *

En general, la teoría de una revolución occidental o atlántica ha recibido una gran aceptación en los Estados Unidos, en Italia, Bélgica e Inglaterra, pero ha levantado polémicas en Francia y en los países del este de Europa. Incluso han surgido varias objeciones, a las que Godechot ha respondido ampliamente⁽⁷⁾.

Algunos autores han encontrado que las estructuras sociales de los diferentes países tocados por el movimiento revolucionario eran muy diferentes, y que por lo tanto



las revoluciones ocurridas en estos países no podían pertenecer al mismo movimiento. Sin embargo a pesar de las diferencias existentes, se puede decir que en su conjunto las estructuras sociales de Europa Occidental eran muy parecidas al momento de iniciarse el período revolucionario. Se ha aludido al hecho de que los "patriotas" eran, fuera de Francia, una minoría ínfima. Si bien esto último es sin duda cierto, no debe olvidarse que también lo era en Francia. Otros autores dudan de la espontaneidad de las revoluciones surgidas en Europa tras la Revolución francesa, aduciendo que éstas fueron fruto de una "propaganda" específica y premeditada. Ciertamente el papel de esta última no puede negarse, pero es claro que fue también muy exagerada su influencia, sobre todo por los mismos contemporáneos. También se ha alegado que las instituciones nuevas creadas fuera de Francia tras los diferentes movimientos revolucionarios fueron fiel copia de las francesas. Sin embargo si éstas se examinan detalladamente se puede comprobar que para su elaboración se tuvieron a su vez muy en cuenta los antecedentes y las necesidades locales. Las instituciones revolucionarias fueron el fruto en todas partes de un gran movimiento de pensamiento europeo, o más exactamente, occidental.

A su vez, se ha indagado muy profusamente sobre las causas o factores explicativos de aquellos acontecimientos, de la "gran cadena revolucionaria occidental".

La famosa tesis de un supuesto "complot masónico" lanzada por el abate Barruel⁸, quien aseguraba que la revolución en Europa había sido el resultado de una gran conspiración, de un gran complot masónico a escala internacional, alcanzó en su momento un gran éxito, sobre todo en los contrarrevolucionarios y los emigrados, y fue retomada por autores posteriores como Agustín Cochin⁹, y más recientemente por Bernard Fay. Sin embargo parece hoy probado que el "complot masónico" nunca existió más que en la imaginación del abate y de sus seguidores. Es indudable que la acción de la masonería no fue nula, ya que la propaganda que llevaba a cabo, aunque variable según las regiones, debilitó la resistencia de las clases cultivadas a las ideas nuevas, disminuyendo así el prestigio de las viejas nociones: la autoridad de la Iglesia, la supremacía de la nobleza y el absolutismo real. Incontestablemente, la masonería "minó" las bases del antiguo régimen, pero por sí sola nunca podría haberlo derrocado.

Indudable fue el papel jugado por las "luces" en la génesis y desencadenamiento de las revoluciones occidentales. Muchos de los contemporáneos llegaron a acusar a las "nuevas ideas" de ser los culpables del gran movimiento revolucionario. La importancia de "las ideas" fue mayor en el siglo XVIII que nunca antes: los pensadores europeos, influidos por el desarrollo del conocimiento científico, analizan las instituciones de la sociedad a la luz de la razón pura. La acción de las "luces" fue profunda y generalizada: se extendieron sobre todo a partir de mediados de siglo en toda la intelectualidad de Europa y América. Ellas están en el origen de las constituciones y de las instituciones nuevas surgidas en todos los países tocados y afectados por la revolución atlántica. Aportaron al mundo, principalmente occidental, un serie de ideas nuevas cuyas raíces podemos encontrar en el humanismo del Renacimiento y en los racionalistas del siglo XVII, y cuya finalidad era dar una explicación diferente al mundo, que se encontraba en plena renovación.

Las obras de los "philosophes" estaban llenas de críticas y de sáti-

ras contra la sociedad, el sistema político-económico, las costumbres, la religión, las mentalidades. Sus aportes fueron fundamentales, pues permitieron el surgimiento de un clima propicio para el desarrollo de la Revolución, a la vez que dieron a los revolucionarios la doctrina que necesitaban para llevar a cabo los grandes cambios que se proponían.

John Locke, considerado como el padre del individualismo liberal, expuso su teoría del Estado en su "Tratado sobre el gobierno civil" mostrando que todo gobierno está fundado en un contrato establecido entre el monarca y sus súbditos, y que la condición de un buen gobierno reside en la separación de los poderes. La obra de Charles de Secondat de Monstequieu fue muy constructiva para la erección del nuevo régimen: contrario al despotismo, pero también a la democracia, su ideal político era el de una monarquía moderada, en la cual era conveniente la separación de poderes, idea que tomó de Locke. Su obra "L'Esprit des lois" (1748) fue el breviario de todos los "hacedores" de constituciones en Europa y en América. Voltaire, que representó una tendencia diferente, no preconizaba una limitación del poder real, sino la "ilustración" de la monarquía. Fue el fundador de la teoría del "despotismo ilustrado": su ideal era un régimen monárquico con el cual el monarca goberaría asesorado por los "filósofos" y apoyándose en el pueblo, en contra de los aristócratas. El ginebrino Jean-Jacques Rousseau, teórico de la democracia, soñaba con un sistema y una sociedad totalmente diferentes. Su ideal social era el de una sociedad nueva



en la cual reinarían la bondad y la paz; su ideal político, la soberanía popular y el contrato social. Condorcet fue el gran enunciador de los derechos humanos, y reconocidos solamente por medio de leyes positivas. Por último, es indispensable mencionar la importancia que tuvo la publicación de la Encyclopédie entre 1751 y 1772, 28 volúmenes que constituyen una auténtica colección de críticas contra el antiguo régimen, obra ampliamente conocida en toda Europa y en América.

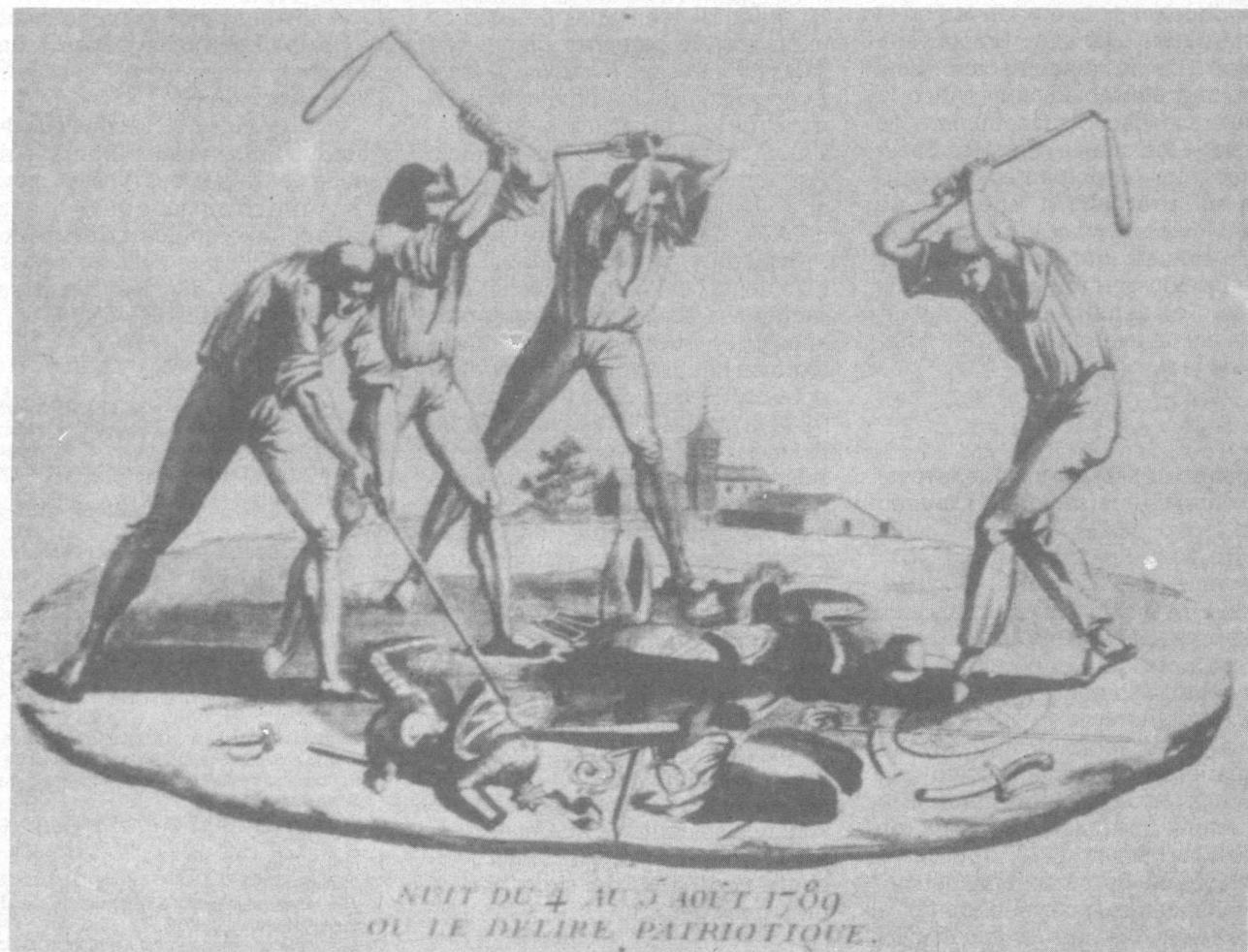
La propagación de las ideas de la Ilustración, cuyo verdadero hogar fue Francia, se realizó por varios conductos o medios. El primero de ellos fue oral, en los salones y en las reuniones como las del Club del Entresuelo, así como en las academias surgidas en las provincias, y en las logias masónicas. A la vez, tal difusión se realizó en forma escrita,

por medio de los diccionarios científicos y las encyclopédias, e incluso a través de los periódicos y gacetas. Desde Francia, las ideas fueron esparciéndose por Europa e incluso por América. Sin embargo, las "luces" no "iluminaron" todo el mundo, aunque sí todo el mundo occidental o atlántico.

Las estructuras sociales y la coyuntura económica de finales del siglo XVIII, ayudaron también a la creación de un clima propicio para la génesis de la revolución. En la Europa Occidental, al oeste del Elba (menos España e Italia), el orden estamental se encontraba muy desvirtualizado, era una organización envejecida. La evolución del gobierno, de las relaciones sociales de la economía, había alterado progresivamente y roto el equilibrio entre derechos y deberes, base del orden estamental. La división tradicional en estamentos ya no respondía a las

necesidades que existían en la Edad Media y a comienzos de la Edad Moderna. El régimen feudal se encontraba muy debilitado: el campesinado disfrutaba libremente de la tierra a cambio del pago de los derechos señoriales; las ciudades eran numerosas, ricas y pobladas, y el comercio se desarrollaba activamente, provocando el surgimiento de una burguesía cada vez más rica. Como consecuencia de estos cambios se habrían de reforzar las presiones de los grupos más ricos e influyentes, cuyas principales aspiraciones eran tanto ingresar en las filas de la nobleza, como participar activamente en el ejercicio del poder.

Por otra parte cabe destacar el problema demográfico que se planteaba a finales de la centuria. Durante el siglo XVIII se produjo un gran aumento de la población en todo el mundo occidental. Las gue-





rras de este siglo fueron menos numerosas y menos mortíferas que en el siglo anterior, las epidemias más reducidas, el clima más clemente. La población europea aumentó sensiblemente durante las dos generaciones que precedieron la Revolución, debido ante todo a la disminución de la mortalidad en el estrato de 1 a 20 años, gracias a la mejora de la alimentación. Este aumento de población significó la existencia de un gran número de jóvenes, los cuales serán los hacedores y los participantes más activos en la revolución. El exceso de mano de obra, y por lo tanto el elevado número de desocupados, de vagabundos errantes en busca de trabajo, en definitiva de descontentos, será un factor decisivo en el inicio de la revolución.

Dentro de esta gran "cadena revolucionaria" que sacudió al mundo occidental desde finales del siglo XVIII hasta comienzos del XIX, conviene destacar tres procesos, quizás los más representativos.

El primer eslabón lo encontramos en el norte del continente americano, con la emancipación de las 13 colonias británicas, movimiento que fue a la vez secesionista y revolucionario. Secesionista, puesto que las 13 colonias pertenecieron a la soberanía británica en forma de "colonias" hasta 1776, año de la declaración de su independencia. Revolucionario, porque permitió la fundación de un Estado cuyas características nada tenían que ver

con el antiguo régimen: gobierno liberal, soberanía popular, declaración de unos derechos del hombre, constitución que reglamenta la separación de poderes, y cámaras representativas.

Tras los movimientos revolucionarios surgidos en Irlanda, Gran Bretaña, las Provincias Unidas y los Países Bajos, Suiza y Suecia, la revolución se traslada a Francia, iniciándose en 1789 el gran proceso que impondría en este país un orden de cosas totalmente nuevo. La Revolución francesa tiene indudablemente un carácter universalista. Como dijo Alexis de Tocqueville: "Todas las revoluciones civiles y políticas han tenido una patria y unos límites. La Revolución francesa no tuvo territorio propio..."

Francia era un país relativamente próspero y digno, pero a la vez desigual y necesitado de reformas en la administración y la ordenación jurídica, en el terreno económico y político, en las estructuras sociales. El intento realizado por varios ministros de imponer ciertas de estas reformas provocaron una fuerte oposición de los privilegiados a través de los parlamentos, que constituyan su principal fuerza jurídica. Así, entre 1787 y 1789, la alianza entre los privilegiados y los parlamentos permitirá el paso de la "revuelta de los privilegiados" a la revolución del estado llano que sacudirá a Francia durante largos años y permitirá el paso a un nuevo régimen lleno de innovaciones en lo político, lo económico y lo social.

A partir de 1810 la revolución ha cruzado de nuevo el océano y sacude las posesiones españolas de América, en un proceso largo y tormentoso, cuya fecha final no es posible establecer válidamente, pero que supuso la abolición del antiguo régimen colonial y el paso a un nuevo estado de cosas. El proceso emancipador en Hispanoamérica permitió la aparición y la formación de nuevas repúblicas. Se realizaron cambios decisivos y en todos los campos. La independencia de las colonias españolas de América se enmarca entonces dentro de la serie de revoluciones occidentales de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

No cabe duda de que las revoluciones del continente americano y la Revolución francesa-europea son dos capítulos distintos de un mismo proceso general, que permitió el paso del antiguo régimen a los sistemas demoliberales de la edad contemporánea. En este proceso fue fundamental el influjo y el ejemplo de lo ocurrido en las 13 colonias norteamericanas, que supuso por primera vez el éxito de la aplicación práctica de las nuevas ideas, moviendo con ello el desencadenamiento de la revolución europea. El posterior proceso de emancipación de Iberoamérica vendrá a confirmar el "modelo" norteamericano como forma peculiar de revolución en el "Nuevo Mundo".

La Revolución francesa no fue pues un hecho aislado ni peculiar. Se produjo en un marco temporal y espacial propicio, y fue rodeada por otros procesos muy parecidos. Como lo dijo el historiador francés Jean Jaurés en su "Historia socialista de la revolución": "no hay propiamente dicho una Revolución francesa: hay una revolución europea, con Francia en su cumbre".

Concluyendo con Jacques Godechot, "... la Revolución francesa no puede aislarse del vasto movimiento revolucionario que comenzó en las colonias inglesas de América hacia 1770 y que sólo terminó su ciclo después de los disturbios europeos de 1848-1849".

1. Se establece en efecto una distinción entre derechos civiles y derechos políticos, y por lo tanto los ciudadanos aparecen de hecho divididos en ciudadanos "pasivos" y ciudadanos "activos".
2. *Les Révolutions, 1770-1799*. París, 1970. pp. 89-90.
3. Louis Gottschalk mostró la formación y el desarrollo del espíritu revolucionario en el mundo, y estudió lo que llamó la "primera revolución mundial", en la cual distinguía una fase americana, una fase francesa, y una fase napoleónica. Daba como fecha final de esta "primera revolución mundial" el año 1815. Ver. Jacques Godechot, *Les Révolutions...*, op. cit. p. 272.
4. Godechot lo hizo principalmente en el primer capítulo de *La Grande Nation*, París, 1956, y Palmer en *The Age of Democratic Revolution*, Princeton, 1959.
5. Jacques Godechot, *Les Révolutions...*, op. cit. p. 5.
6. *Ibid.* p. 279.
7. *Ibid.* pp. 273-277.
8. *Mémoires pour servir a l'histoire du Jacobinisme*, Hamburgo, 1798.
9. *Les Sociétés Savantes et la Révolution de Bretagne*, 1926.